

LA VALIJA

por Rafael Squirru

Mi fiel valija estampada con un falso tartan escocés estaba definitivamente kaputt. Se abría por los cuatro costados y el trato a que fuera sometida por ignotos empleados del aeropuerto en mi último viaje había concluido la tarea de desintegración. No había alternativa: tenía que comprarme una nueva, lo cual equivale para mí a lo que la inocencia para los chinos: una catástrofe mayor.

Las valijas son una especie infinitamente numerosa y variada, lo que añade a la sensación de caos y angustia que implica su búsqueda. Es bien sabido que el antílope se defiende del tigre por andar siempre en tropillas numerosas de tal modo que el así llamado comedor-de-hombres (en base a una dieta poco recomendable) queda desconcertado, sin saber a cual antílope atacar. Tal el caso entra una nueva valija y yo.

La cacería comenzó temprano esa semana. Fui a varias tiendas en el centro y los alrededores de Washington: las célebres Korvettes, Gigantes, Sears y Woolworth's -verdaderos zocos modernos- y otros emporios de todas las mercancías imaginables. Un par de veces anduve cerca de mi meta y hasta llegué a sacar la chequera y escribir la fecha, pero una repentina falta de convicción me impidió concluir la transacción. Una y otra vez, después de pedir disculpas a los azorados vendedores, abandoné los palacios mercantiles con las manos vacías.

El tiempo apremiaba. Ya era miércoles y mi vuelo partía el jueves a las 11 de la mañana. A la tarde, después del trabajo, me dirigí al centro. Pasé varias tiendas y entré en dos, infructuosamente. Llegué por fin al Centro Internacional del Equipaje en la F Street.

"VALIJAS: SEGUNDO PISO"

Al salir del ascensor fui recibido por hileras de maletas de todos los colores y tamaños que se extendían hasta el infinito. Comencé a hurguetear. Por fin dí con una que casi satisfacía mis necesidades. Pero, no -era demasiado ancha.

En eso estaba cuando se me acercó un sujeto de baja estatura y edad indefinible. Su cabello y ojos eran muy oscuros, más aun al contrastar con la extrema palidez de su piel.

"¿Puedo ayudarle, señor?"

No pude evitar un leve escalofrío al escuchar el tono remoto de esa voz que tan bien encajaba con el aspecto del personaje. Sonreía mientras hablaba y me impresionó -lo recuerdo claramente- el desmesurado tamaño de sus dientes.

"Busco una valija que no sea ni demasiado grande ni demasiado chica, ni muy cara ni muy barata."

"Creo tener la valija que usted busca -está en liquidación."

Caminamos hasta el final del extenso salón. Corrió una cortinita grasienta y me mostró una valija entre mediana y grande. Al menos así me pareció en ese momento. El color era celeste, sobre un material de textura granulada imitando el cuero, poco apropiado para mis gustos sobrios de rioplatense. Estaba por decir que no cuando me señaló la etiqueta del precio.

"De 62 dólares rebajada a 30 -un verdadero negocio! ¿No le parece?"

Abrió la valija sobre el mostrador y la estrujó en distintos sentidos como si fuera de goma. Cada vez, la valija volvía a su aspecto normal.

"Indestructible, ¿vió?"

A pesar del celestito poco cónsono a mis gustos clásicos, no pude resistir a la habilidad del vendedor.

"Está bien. Me la llevo."

Saqué la chequera.

"Perdone, pero tratándose de un objeto en liquidación, aceptamos sólo efectivo -y no puedo darle una boleta."

Saqué los billetes y le pagué. Me acompañó hasta el ascensor, amable pero algo apurado, como arriándome fuera del lugar.

Ya en la calle, noté que la valija era más grande de lo que me había parecido. Casi arrepentido de mi compra, tuve la duda de volver a la tienda. Cruzando la 14a hacia el estacionamiento del coche decidí que el precio valía la pena. Sin más trámite, me fui a casa.

Esa noche decidí empaquetar antes de irme a la cama. Al abrir la valija sentí una leve sensación de mareo. Conociéndome, la atribuí al nerviosismo que siempre me agarra antes de un viaje.

Como de costumbre, comencé a tirar mis prendas de vestir en la boquiabierta maleta: camisas, calzoncillos, medias, un par de libros. Finalmente, mi impermeable. Estaba cerrando la valija cuando volví a sentir un amago de náusea. La volví a abrir. Acerqué la cabeza y tuve la revelación del origen de mi malestar: un olor extraño se desprendía de la maleta.

¿Podría estar equivocado? ¿No sería mi imaginación? ¿Mi estado de tensión? ¿Mi soledad?

Los olores no son siempre fáciles de definir; a menudo resultan ambiguos. Acerqué mi nariz a la tapa. No -no era mi fantasía. El interior de la maleta emanaba un olor desagradable. Y no era olor a nuevo -nada por el estilo. Más bien lo opuesto. Y sin embargo, la valija estaba flamante.

La cerré y me acosté a dormir. Me revolcaba en la cama sin poder dejar de pensar. ¿Me estaría poniendo maniático? Y si soy así a los cuarenta, ¿cómo seré de viejo?

Después de una hora de piruetas físicas y mentales decidí levantarme. Prendí la luz y abrí la valija. Esta vez el hedor me asaltó más allá de toda duda. Tenía algo de podredumbre.

Saqué la ropa, que algo había absorbido de la hediondez. El impermeable era lo más contaminado. Abrí la ventana y puse todas las prendas bien extendidas sobre el balcón. Saqué la valija del dormitorio y la dejé vacía en el living.

Me entró una especie de furia, al principio dirigida hacia el personaje que había abusado de mi buena fe para encajarme esa porquería. Pero como ocurre casi siempre con mis enojos, también éste terminó apuntado a mi persona: ¿por qué me dejé arrastrar? ¿por mi inveterado amor por la pichincha? ¿Y por qué me daba cuenta sólo ahora del olor asqueroso de la valija?

Mea culpa o no, lo cierto es que iría a la tienda ni bien me levantase y ajustaría cuentas con el vendedor, al cual ya atribuía una maldad metafísica y motivaciones inconfesables.

Me di una ducha en busca de la calma perdida y me fui nuevamente a dormir. Pero no lo logré. Me levanté una hora antes de que sonase el despertador y tomé el desayuno mirando unos grabados japoneses para distraerme. Fue inútil. Con la ropa metida en una bolsa de plástico y la valija celeste en la otra mano, salí por fin de casa. Arrojé todo dentro del coche y a la disparada me dirigí al Centro Internacional del Equipaje.

Llegué diez minutos antes de las nueve. Ante mi contrariedad, había un cartelito en la puerta que rezaba: "Apertura a las 9,30 por reunión sindical." Si esperaba, podría perder el avión. Ya no me importaba. El asunto entre la valija, el personaje diabólico y yo superaba cualquier otra consideración existencial.

Me paseé media hora por esa cuadra como una fiera enjaulada, devorado por la indignación.

Ni bien un viejo empleado hubo abierto la puerta del negocio, lo crucé como rayo, emergiendo del ascensor en el segundo piso. Mi vendedor no estaba a la vista. Un circunspecto señor de bigotes me interrogó sorprendido. Expliqué mi predicamento.

"Pero, ¿quién le vendió la valija?" preguntó.

Describí al vendedor. Sacudió la cabeza.

"Ningún empleado de aquí se ajusta a su descripción. Pero no importa -deme la boleta."

"No la tengo" contesté, concientizando una creciente claustrofobia. "Pero quiero cambiar esta valija por cualquier otra. No me importa perder dinero en el cambio..."

El empleado me miró con sospecha, desatando en mí una sensación de culpabilidad digna de quien ha ido a una escuela de curas.

"Aquí no hacemos transacciones de ese modo" me dijo con la indignación de una solterona ofendida ante un lance. "Además no recuerdo haber visto aquí a ese..." miró la valija con un cierto asco púdico, "... ese artículo."

"Pues sin embargo no me lo inventé. Lo compré ayer aquí ¡y lo pagué 30 dólares!"

El bigote se le frunció en una mueca de desprecio.

"¿Y qué tiene de malo su valija?"

"Huele."

"¿Huele?"

"Sí, huele. Ábrala."

La abrió con displicencia e introdujo en ella la nariz.

"Yo no huelo nada. Todas las valijas nuevas huelen igual."

"Entonces déjeme cambiarla por esa, o esa" dije, señalando las más pobrecitas que mis ojos divisaron.

"Lo siento, señor, pero tendrá que volver más tarde. Sin la boleta, hasta que no llegue el resto de los empleados no puedo hacer ningún cambio."

"Pues entonces quédese *usted* con la valija. Yo no me la *pienso* llevar."

Había alzado la voz.

"Usted *debe* llevársela," gritaba también él. "¡No puede dejármela acá!"

Dí media vuelta y corrí al ascensor abierto mientras el hombre me perseguía con la valija en la mano. Al cerrarse las puertas del ascensor me llegaron confusos ruidos de trastabilleo y caída. En un instante me encontré fuera de la tienda y dentro de mi automóvil.

Cuando llegué al aeropuerto mi vuelo había partido. Me senté en un sillón de la sala de espera con mi bolsa de plástico llena de ropa, un linyera confuso y agotado. Pero libre.